

Revolución y compromiso: *La asonada* de José Mancisidor

ESTHER MARTÍNEZ LUNA

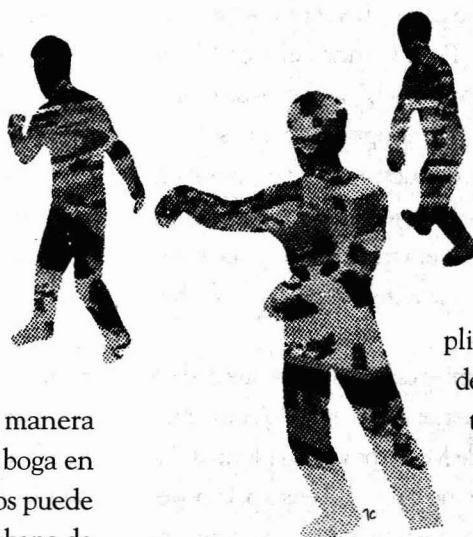
I

En el decenio de los treinta, la generación de Contemporáneos no ejercía el predominio absoluto en el mundo cultural mexicano. Frente a ella, aunque no siempre de una manera abierta, se manifestaban corrientes literarias en boga en otros países; si la generación de Contemporáneos puede considerarse paralela a la española del 27 o a la cubana de Orígenes, las corrientes de la literatura proletaria en España y Latinoamérica también estaban presentes en México.

Se establece así una tendencia que podría definirse como una mezcla de la herencia naturalista (que se hizo evidente primero en Federico Gamboa y luego en Mariano Azuela y en otros muchos escritores latinoamericanos), del influjo político de la nueva literatura rusa y de los novelistas europeos marxistas, Barbusse, por ejemplo.

En México, esa corriente tiene su expresión máxima en José Revueltas, pero, antes de él, encontramos diversos autores que emprendieron con desigual fortuna la escritura de novelas comprometidas con la causa popular más radical. Entre ellos, tal vez el mejor ejemplo sea José Mancisidor.

Toda la obra narrativa de este escritor tiene ese sello ideológico y hace referencia a problemas sociales como los del petróleo, el henequén, la guerra española, etcétera. Entre sus novelas hay una, *La asonada*, que aborda el tema de la Revolución mexicana en sus momentos históricos finales (la revuelta escobarista) y pone de manifiesto ciertas peculiaridades de contenido y de estilo que me parecen dignas de recuperar, aunque sólo sea con un interés histórico y social.



Hay que señalar que hasta el momento no existe un estudio amplio que dé cuenta de este tipo de narrativa e incluso en las historias y manuales de literatura mexicana se hace apenas una tibia mención de sus representantes.

II

En la actualidad, José Mancisidor es un escritor casi olvidado. Sus novelas no han sido objeto de estudio ni han propiciado su relectura; quizá ello se deba a razones ideológicas, sectarismo, modas o, en el último de los casos, a su posible envejecimiento. Personaje importante dentro de la cultura y la política en nuestro país durante las primeras décadas del siglo, José Mancisidor nació en el puerto de Veracruz en 1894; a los 20 años se alistó en el ejército y su primera acción de guerra fue la defensa de su puerto natal de la invasión norteamericana (abril de 1914); participó en la Revolución en las filas de Carranza, donde de ser un sencillo sargento llegó hasta el grado de coronel. A pesar de haberse retirado en 1924 de las milicias, tuvo su última batalla revolucionaria en 1929, en las filas escobaristas. Fue gobernador interino de Quintana Roo, antes de 1924, y diputado local (1924) y federal (1926) por Jalapa. Hombre de ideas izquierdistas, fue miembro fundador y presidente de la Liga de Artistas y Escritores Revolucionarios (LEAR), fundó la Sociedad de Amigos de la URSS y pre-

sidió el Instituto Cultural Mexicano-Ruso. Perteneció al grupo marxista veracruzano llamado Noviembre, del cual surgió la pequeña editorial Integrales —que publicó *La asonada* por primera vez—, así como al grupo pacifista francés Claridad, de Henri Barbusse; dirigió y fundó la revista *Ruta* (que tenía como propuesta central ser una revista literaria en contra del fascismo internacional). Con el seudónimo de Reinaldo Solar —nombre de un personaje de una de las novelas de Rómulo Gallegos—, fue asiduo colaborador del periódico *El Nacional*. En 1937 fue invitado a participar en el Congreso Escritores Antifascistas en Valencia, al lado de Octavio Paz y Carlos Pellicer. Elena Garro en sus *Memorias de España 1937*, lo recuerda como un hombre alegre, optimista, que adoptaba un aire solemne si la situación lo ameritaba; dispuesto a ayudar y también a reprender a sus compañeros de viaje pero, sobre todo, nos dice Elena Garro: “Mancisidor era tan bueno ... que nunca perdía la calma. Siempre sonriente, siempre satisfecho, siempre de buen humor.”¹

Una actividad fundamental en su vida y a la que dedicó gran parte de ella fue el magisterio: se desempeñó como profesor en la Escuela Nacional de Maestros y en la Normal Superior. Dentro del ámbito literario cultivó el ensayo, la novela, el cuento e incluso el teatro. Sus novelas más comentadas en las historias de la literatura mexicana son *Frontera junto al mar* (Premio de la Novela Ciudad de México 1949, pero publicada en 1953) y *La rosa de los vientos* (1941); también suele recordarse su ensayo póstumo *Historia de la Revolución mexicana* (1958). Conforme aparecieron, sus novelas despertaron comentarios favorables, incluyendo *La asonada* (1931).²

III

En 1931 también fueron publicadas, al igual que *La asonada*, las novelas *Campamento* de Gregorio López y Fuentes, *¡Vámonos con Pancho Villa!* de Rafael F. Muñoz y *Cartucho* de Nellie Campobello; todas ellas tienen en común el tema de la Revolución, además de un carácter autobiográfico. Sin embargo, una diferencia fundamental de éstas con *La asonada* es que la novela de Mancisidor no narra los sucesos

del periodo de Villa y Carranza, sino de la rebelión escobarista de 1929; además hay otra diferencia, que es señalada por el propio autor: “Si el lector, atraído por el nombre sugerente de la obra piensa encontrar en ella escenas de humo, pólvora y de sangre, se equivoca completamente.”³

La asonada es la historia de un general retirado, persuadido de volver a la lucha armada para incorporarse a las filas rebeldes que intentan derrocar al candidato impuesto:

Se me repite la explicación: un nuevo brote rebelde en el país que reclama mi cooperación. Me niego. Tengo decidido dejar tranquilo a Rocinante en la quietud del pesebre por el resto de mis días. El yelmo de Mambrino en poder de bellacos no volverá a despertar mis iras, ni mis ansias de aventuras y procuraré llegar al ocaso de mi vida rodeado de tiernos parvulillos al calor del hogar, en la suave placidez de una vida burguesa.⁴

A lo largo de la novela el protagonista habla de la persecución de que son objeto él y sus compañeros insurgentes por parte del ejército federal; describe cómo, para confundir al enemigo, envían por telégrafo noticias falsas; el desplazamiento de un poblado a otro con el fin de huir y no ser capturados, y la destrucción de las vías ferroviarias para ganar tiempo al enemigo.

Dentro de la narración, el tiempo que dura la revuelta es poco más de un mes. En ese lapso el general Antúnez, que encabeza la sublevación, al ver las pocas posibilidades de salir victorioso, deserta y deja a la tropa a su suerte. Algunos soldados se pasan al bando enemigo, otros son capturados y el protagonista, después de muchos avatares y de ver morir a su amigo Rubén Talavera, logra ponerse a salvo. En la parte final de la novela se sabe del fusilamiento del general Antúnez, y cómo el narrador llega con vida a Coatzacoalcos y logra conseguir un trabajo en una empresa extranjera de extracción de petróleo. Este trabajo le dura poco, porque se dedica a hacer proselitismo político entre sus compañeros en favor de la revolución socialista; por representar un “peligro para los obreros” es echado de su empleo. En otro capítulo busca evadirse de un antiguo amigo con quien compartió “las primeras intentonas revolucionarias”, que

¹ Elena Garro, *Memorias de España 1937*, Siglo XXI Editores, México, 1992, p. 121.

² Vid. Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución mexicana*, FCE, México, 1972, p. 303.

³ Conocemos dos ediciones de *La asonada*, la de Integrales (Jalapa, 1931) y la publicada en *Obras completas de José Mancisidor*, vol. II, Gobierno del estado de Veracruz, Xalapa, 1978. La de Integrales incluye, a manera de nota introductoria, la “Explicación a la novela”, del propio autor, de donde tomamos esta cita. p. 2.

⁴ José Mancisidor, *La asonada*, Integrales, Xalapa, 1931, p. 15. Ésta es la edición a la que hago referencia en el presente texto.

ahora simpatiza con el protestantismo y busca adeptos para "las sectas expansionistas de Calvino y de Lutero". Finalmente, una mañana de junio el protagonista se encuentra exiliado en los Estados Unidos: "Me entero, con admirable sencillez, que desde hace rato, en la otra ribera de esta cinta plateada que divide estos dos poblados, he dejado, impedido por causas poderosas, ese cielo azul y transparente que corre su esplendor desde el inquietante Bravo hasta el adormecedor Suchiate" (p. 142).

La asonada narra, como antes se mencionó, los hechos del que es considerado el "último gran levantamiento militar", la rebelión escobarista. Los sucesos de la novela se centran en el estado de Veracruz, una de las zonas importantes donde tuvo lugar la sublevación, y ocurre a principios de abril de 1929, un mes después de iniciado el hecho histórico.

"Amanece ...

—¿A cómo estamos hoy?— interrogó olvidadizo.

—A seis de abril ..." (p. 16).

Cabe recordar que el 3 de marzo de 1929 los generales José Gonzalo Escobar, jefe de operaciones militares de Coahuila, y Jesús M. Aguilar, su homólogo en Veracruz, junto con otros viejos líderes revolucionarios del norte y sur del país, iniciaron una revuelta contra Plutarco Elías Calles, a quien responsabilizaban de la muerte de Obregón y de imponer como presidente a Emilio Portes Gil. Al mismo tiempo difundían el Plan de Hermosillo, que "convocaba al pueblo a levantarse en armas para librarse de la tiranía del general Calles",⁵ e invitaban a los cristeros a participar en la lucha. El levantamiento, a pesar de contar con un gran número de simpatizantes, no tuvo el eco deseado y pronto fue sofocado, en buena medida gracias a la ayuda decisiva que obtuvo Portes Gil del gobierno norteamericano. Portes Gil "nombró" a Calles secretario de Guerra y Marina, con lo que se puso de manifiesto el continuismo del jefe máximo.

Durante las pocas semanas que duró "la asonada", algunos jefes militares, entre ellos el propio Escobar, asaltaron bancos y robaron dinero de las arcas públicas; algunos cabecillas de la revuelta que lograron salvar su vida utilizaron ese dinero para escapar a los Estados Unidos y vivir en el exilio. Se dice que la rebelión fracasó porque no tenía un proyecto definido y por haber sido mal planeada desde el punto de vista de la logística militar; finalmente, en lugar de derrotar al callismo, lo fortaleció. En su afán por institucionalizar la Revolución y la vida política nacional, Calles, fun-

dador del Partido Nacional Revolucionario (PNR), aprovechó el repudio popular contra las revueltas militares que surgió durante la insurrección escobarista.

Resulta relativamente clara la identificación de ciertos episodios de la novela con los hechos históricos de la mencionada revuelta; los personajes también son identificables tanto por sus acciones como por sus nombres, que Mancisidor modificó apenas. Se puede leer en *La asonada*: "La rebelión es general e invade presurosa el país arrastrando desconsiderada cuanto a su paso encuentra. En el norte han secundado esta actitud los generales *Mantua*, *Caro*, *Urbañales* y *Escobedo*, con poderosos elementos de guerra. En el centro, *Zerdeña* y en el sur, *Faces*" (p. 18) [Los subrayados son míos].

Los generales que participaron en la rebelión fueron Francisco *Manzo* general de las fuerzas militares de Sonora; Marcelo *Caraveo*, gobernador de Chihuahua; Francisco *Urbalejo*, en Durango; José Gonzalo *Escobar*, líder de la revuelta y Claudio *Fox*, en Oaxaca. También se menciona en la novela a un gobernador Grajeda, con "enorme ascendiente entre las clases populares", quien no es otro que Adalberto Tejeda, gobernador de Veracruz de 1928 a 1932. Otros dos personajes de la novela son el general y el coronel Antúnez, que corresponden al general Jesús M. Aguirre y a su hermano, coronel, que fue quien persuadió a Mancisidor para incorporarse a la rebelión escobarista, según nos informa Miguel Bustos Cerecedo, amigo de Mancisidor.⁶

Como ejemplo de los abundantes sucesos narrados en la novela y que corresponden con la realidad histórica, podemos mencionar aquel en que los aviones norteamericanos sobrevolaron las zonas ocupadas por los rebeldes para amedrentarlos:

Un violento trepitar levanta las cabezas que se hunden entre los hombros tan pronto se distingue en el azul celaje un espejeante pájaro de acero que evoluciona vistosamente ... el audaz aviador, describiendo raudos giros en el aire nos cuenta, nos ausculta, nos semblantea y nos burla, remontándose a la postre para transponer en la lejanía (p. 53).

O el sucedido cuando "los que manejan fondos del gobierno los ponen a disposición de nuestra causa ... Algunos sugieren se les permita tomar para cubrir sus sueldos. Ese dinero volverá a las arcas públicas si la rebelión fracasa" (p. 23).

⁵ Lorenzo Meyer, "La rebelión escobarista", en *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1925-1934*, Colmex, México, 1978, p. 69.

⁶ Miguel Bustos Cerecedo, "José Mancisidor, el hombre", en *Obras completas de Mancisidor*, vol. I, Gobierno del estado de Veracruz, Xalapa, 1978, p. 256.

IV

El abordar la rebelión escobarista y no ocuparse de los episodios de batallas no son las únicas peculiaridades de *La asonada* como novela de la Revolución. Su preocupación por el estilo es también singular. Está narrada en primera persona del singular del presente indicativo, lo cual ya es una novedad en la literatura de la época. El protagonista anónimo —el propio Mancisidor— ofrece su testimonio de los hechos y no oculta sus simpatías por el movimiento al que se ha sumado, a pesar de saber que está condenado al fracaso. El inquietante relato de la permanente huida y la descripción del ambiente de incertidumbre que viven los rebeldes se aligera aquí y allá cuando el narrador toma como referencia un pueblo, el campo o el sitio a donde han llegado, para hablar de la cotidianidad de los marginados que habitan el país. Así, por ejemplo, describe y alaba las costumbres de los indios yaquis, o cuenta el terrible destino que le tocó vivir a la negra Cleofas.

Hay que decir que los primeros párrafos de la novela parecen un homenaje al Azuela de *Los de abajo*:

Los golpes, interrumpiendo la paz de la hora, han rebotado de pared en pared como pelota de hule en el interior de la casona. El imponente ladrido del fiel "policía", respondiendo presto a la llamada, ha llenado de sobresalto los espíritus clavando los alfileres de la inquietud en la imaginación amorridada.

Un ríspido chirriar de fierros me estremece con sus estridencias. Aguzo el oído, pretendiendo escuchar, inútilmente. Sólo alcanzo a percibir cuchicheos desesperantes.

La vieja Lupe, que con paso tardo tantea, se afirma y desliza temblorosa por el piso, desespera. Rezonga, carrapea, estornuda. Torna el resbalar de sus pasos claudicantes que conmueven, simulando papel de lija que rozara por el piso. Se acerca, llamando con voz temblona entre golpes de tos.

—Señora, unos militares buscan al señor. (p. 11.)

Es evidente la pretensión de Mancisidor de superar la sequedad típica de la narración naturalista valiéndose de un léxico más rico. Ello se comprueba a lo largo del libro. A veces los resultados son plausibles:

La alarma crece. Se desalojan los cuarteles que se instalan en la estación congestionada ya de cachivaches. Las máquinas permanecen encendidas y listas para marchar. El abigarramiento de los trenes provoca mareos: mujeres, hombres,

perros, loros, trastos viejos y nauseabundos, todo en penosa promiscuidad toma acomodo. Nadie sabe lo que sucede.

Corre lento el día. La inquietud se propaga como epidemia infantil. Declina la tarde con movimientos precautorios, como embarrándose en la tierra para burlar al sol. La niebla crepuscular invade la población sepultándola entre sombras. (p. 27.)

Con frecuencia, sin embargo, la abundancia de adjetivos justifica el famoso *dictum* de Huidobro: "un adjetivo innecesario mata". Escribe Mancisidor: "la incuestionable negación de los hechos estériles"; "el espectáculo maravilloso de la Naturaleza enfiestada"; Cleofas "ha visto deslizarse indiferente las horas enojosas de su árido vivir".

Otro defecto grave es el frecuente tono declamatorio: "Tu nombre se prende a la gloria estirpe de los caballeros águilas que el poeta nos cantara, y tú encarnas el espíritu tenaz y batallador de aquel que en tormento escupiera tu frase lapidaria" (p. 25).

El militar que cuenta la historia tiende a insistir en lo absurdo de la revuelta, en la apatía de los soldados, en la ambición de algunos militares y en la inutilidad de la guerra; sin embargo, nunca se pregunta por qué él está en la lucha. En su breve texto "Explicación a *La asonada*", que antecede a la novela en su primera edición, Mancisidor adivinó la censura por esta omisión y se adelantó a señalar que en su novela no existe la autocritica porque ya las críticas llegarían solas. *La asonada*, afirma, es "un libro que señala con valor la enorme desorientación en que vivimos... Probablemente mi libro disguste a muchos pero es uno de los inconvenientes de decir la verdad".⁷ Y, para él, decir la verdad era hablar de la Revolución traicionada y señalar que es el lector el "que dirá si esta novela no es eminentemente mexicana y también de actualidad". Quizá los comentarios de Mancisidor suenen excesivos, pero hay que tomar en cuenta que sólo pasaron un par de años entre la revuelta y la publicación de la novela; su verdad, quizá, tenía aún mucho de explicación íntima y pública.

Conforme a los preceptos marxistas a los que Mancisidor era proclive, la novela estaba dirigida a las clases populares y buscaban educar a sus lectores, porque el escritor debía ser un revolucionario que con su literatura "reflejara la realidad", convirtiéndose en un "ingeniero de almas". En su libro *Sobre literatura y filosofía*, Mancisidor abunda: "el

⁷ José Mancisidor, "Explicación a *La asonada*", en *La asonada*, Integrales, p. 2.

escritor necesitará estar armado con la línea y el método que el realismo socialista propone, si es que realmente quiere denunciar, a la gran masa popular, las lacras que corroen nuestro actual organismo social".⁸ Tal vez por ello el escritor, en su afán por hacer accesible la novela al lector poco avezado, acompaña *La asonada* con notas a pie de página que, en la mayoría de los casos, resultan innecesarias e incluso ingenuas. Por ejemplo, después de citar "la religión es el opio del pueblo...", la nota correspondiente nos dice que esa frase es de Carlos Marx, o cuando habla de "las inquietas pupilas del navegante genovés", aclara que se trata de "Cristóbal Colón". Con la misma ingenuidad de las citas anteriores, Mancisidor incluyó las siguientes frases: "dos moce-tones cambujos con el arpa y la jarana", explicando que la jarana es "un instrumento musical parecido a la guitarra"; "desde el apetitoso chileatole", con una nota que aclara que es un "guiso mexicano muy picante"; cuando menciona a Huitzilopochtli anota, "deidad azteca ante la cual se hacían los sacrificios humanos". Quizá el escritor, recordando el lema marxista "Obreros del mundo, uníos", esperaba que en los confines del orbe los trabajadores leyera su novela con el fondo musical de *La Internacional*. Otra de sus peculiaridades, que llama la atención, es el elogio que hace de la cultura indígena, de los cantos y bailes populares, para invitar al lector a ahondar en las raíces que él consideraba conforman lo mexicano.

Cuando se refiere a los indios yaquis, parecen oírse ecos de la novela indigenista sudamericana *Huasipungo*, del ecuatoriano Jorge Icaza, que iba a aparecer por aquellas mismas fechas:

Rostros bronceados de una raza indomable, eternamente burlada y envejecida entre mentiras y los convencionalismos de nuestras farsas democráticas. Ellos volverán a pelear entre riscos de las sierras o sobre el verdor de las llanuras, en nombre de la libertad y de las reivindicaciones populares hasta sucumbir para renacer allá, en tierras lejanas, a orillas del suave Yaqui, por donde ambularán silenciosos y doloridos entonando su vieja canción de parias. (p. 24.)

Más adelante, escribe: "¡Raza vigorosa, raza de bronce, yo también te admiro!" Curiosamente *Raza de bronce* es el título de la novela del boliviano Alcides Arguedas. Claro está que los "defectos" de *La asonada* también lo son los de un gran número de novelas hispanoamericanas de la época.

Si se le cambiara el nombre a la novela *La asonada*, podría llamarse "La huida" o "La espera", porque abundan en el relato situaciones como éstas: "la huida continúa sin descansar hasta Rodríguez Clara". "El general Antúnez ... ordena improvisar loberas y ocupar las posiciones más ventajosas y estratégicas del lugar en previsión de una sorpresa del enemigo". "Todos, absolutamente todos, sin excepción alguna están ojo avizor, preparados convenientemente para entrar en combate". "No acertamos a comprender cómo se nos ha antojado ser revolucionarios únicamente para huir" (pp. 47, 56, 59 y 64).

v

El discurso de Mancisidor se construye con base en cuadros y más cuadros descriptivos, que van conformando un todo, recurso usualmente empleado en la novela de la Revolución. Su prosa, sin embargo, presenta a veces una cierta riqueza léxica no común en las novelas de este tipo, aunque con frecuencia se siente que algunos términos caen fuera del registro del habla del personaje. Algunos pasajes incluso pretenden aproximarse a la prosa poética. No hay duda de que Mancisidor tenía vena de narrador, aunque *La asonada* presente rasgos de inmadurez. La novela se pierde como tal en las últimas 17 páginas, cuando el personaje principal se convierte en un propagandista de la revolución socialista. Mancisidor ha dejado su papel de escritor para convertirse en un predicador.

En la historia de la novela mexicana contemporánea, y particularmente en la historia de la novela de la Revolución, *La asonada* tiene, como hemos podido ver, un lugar que no merece despacharse con una caricaturización expedita sobre su ortodoxia marxista o su propagandismo político, aunque ambas facetas le sean sin duda aplicables.

La escritura de Mancisidor no es la típica de esa literatura comprometida. Había en él una cierta voluntad de estilo que se manifiesta sobre todo en la primera mitad de *La asonada* y que, paradójicamente, lo hace caer en sus peores momentos. La preocupación proselitista pudo echar a perder, y de hecho, arruinó en gran medida, el final de su libro; no hubiera sido distinta su suerte de haber predicado en favor del capitalismo o del islam.

A pesar de la profusión retórica de adjetivos y del frecuente tono solemne y declamatorio, la autenticidad de lo descrito y la sinceridad del narrador proporcionan a la novela un tono épico verdadero. Tal sería, en mi opinión, entre sus defectos, la virtud central de *La asonada*. ♦

⁸ José Mancisidor, *Sobre literatura y filosofía*, Litoral, México, 1956, p. 171.